

CAPITULO X.

El centinela.

¿Donde estará esa música, en los aires ó en la tierra?

SHARS PEARE.—La Tempestad.

— Me convertí todo en cidos y percibí tan melodiosas armonías que eran capaces de crear un alma en el seno mismo de la muerte.

Comus.

No bien acababa de entrar Quintín en su pequeño aposento para hacer alguna variación indispensable en su traje, cuando su digno tío se le presentó para enterarse detalladamente de todo lo sucedido en la caza.

El joven, que no podía menos de estar persuadido que el brazo de Luís valía probablemente algo más que su juicio, procuró con su respuesta dejar al rey en plena posesión de la victoria que había indicado desear apropiarse exclusivamente. Contestóle el Acuchillado jactándose de la conducta harto superior que hubiera él guardado en semejantes circunstancias, terminando la lección con algunas suaves reconvenciones por su poca diligencia y celo en socorrer al rey cuando podía peligrar su vida. Mostró el joven muchísima prudencia, diciendo solamente para disculparse que, según todas las reglas de la montería, no era decoroso herir á un animal atacado por otro cazador, á menos que éste no pidiese asistencia. Terminada apenas esta discusión, Quintin tuvo ya motivos para congratularse de su disimulo. Un golpecito dado á la puerta anunció una visita; abrióse aquella, y Oliverio el Gamo,

el Malo ó el Diablo, pues bajo estos tres nombres era conocido, entró en el aposento.

Dimos ya, á lo menos en cuanto al exterior, la descripción de este hombre, diestro, pero sin principios. Su modo de andar y sus modales le daban una semejanza casi perfecta con el gato doméstico, que agachado y dormido en apariencia, ó atravesando el cuarto con paso lento, tímido y furtivo, no deja por esto de acechar con sumo cuidado el agujero de algún desgraciado ratón, y que restregándose con cierta familiaridad contra aquel cuya mano desea que le acaricie, arrójase sobre su presa un instante después, arañando acaso á quien acabara de halagar.

Entró Oliverio inclinado hacia adelante con ademán humilde y modesto, saludando al señor Acuchillado con tanta atención que todo el que hubiese presenciado esta entrevista no pudiera menos de sacar por consecuencia que venía á solicitar algún favor del arquero escocés. Dió el parabién á Lesly por la excelente conducta de su sobrino en la caza de aquel día, conducta-observó-que se había granjeado la atencion particular de Su Majestad. Paróse al decir esto como esperanzando contestaciones, y permaneció con los ojos fijos en el suelo, levantándolos únicamente de vez en cuando para dirigir á Quintín una mirada á hurtadillas, en tanto que el Acuchillado contestaba lamentándose: «Que había sido una lástima que el rey no le hubiese tenido inmediato á su persona en lugar de su sobrino, en atención á que él hubiera indubitablemente atravesado el jabalí con un solo golpe de venablo, cuando, según había podido comprender, Quintín dejó todo el peligro y la fatiga para Su Majestad.»

—Pero—añadió—esto servirá de lección al rey por todo el resto de su vida, y le enseñará á disponer que un hombre de mi estatura monte mejores caballos. ¿Cómo mi enorme montaña ambulante de raza flamenca, hubiera podido seguir al corcel normando de Su Majestad? Y sin embargo, no era por falta de surcarle los flancos con buenos espolazos. Esto es bochornoso, señor Oliverio, y vos deberíais ponerlo en consideración de Su Majestad.

Maese Oliverio sólo respondió á esta observación dirigiendo al intrépido y rudo arquero una de aquellas lentas y equívocas miradas que, acompañadas de un ligero movimiento de mano por una parte y una leve inclinación de cabeza por otra, pueden tomarse por conformidad á lo que acaba de oirse y por invitación á no hablar más del asunto que se trata.

La mirada que echó en seguida al joven escudero era más viva, más observadora mientras le decía con ambigua sonrisa:

-¿ Luego en Escocia, joven, se usa dejar á los príncipes en peligro por falta de socorro, en ocasiones como la que se os ofreció esta mañana?

En Escocia—respondió Quintín resuelto á no dar más aclaraciones sobre este punto—no solemos tomar parte intempestivamente en las hermosas diversiones de nuestros reyes, cuando pueden salirse de apuro sin nuestra intervención. Estamos persuadidos de que un príncipe cazando debe correr la misma suerte que los demás y que sólo á este efecto se dedica á tal ejercicio. ¿Qué sería la caza sin fatiga y sin peligro?

—¡Oíd cómo se explica ese joven sin seso!—dijo su tío.— Siempre con esas máximas ridículas, y siempre con la respuesta al canto para justificar sus acciones. No sé de dónde diablos se ha sacado ese talento; pues yo nunca he sabido dar razon de cómo y por qué hago las cosas, excepto el comer cuando tengo hambre, mandar tocar llamada para reunir la tropa y otras cosas que atañen al servicio.

—Yo os pregunto, señor mío—dijo el barbero real, abriendo á medias los párpados para mirarle—¿qué razón dáis para mandar reunir la tropa?

—La orden de mi capitán—respondió el Acuchillado.—Por san Gil que no conozco más razón que esa. Si mi capitán se lo mandase á Tyrie ó á Cuningham, tendrían que hacer lo propio.

— No hay duda que es razón enteramente militar. Pero, señor Lesly, vos sin duda os tendréis por dichoso de saber que Su Majestad está tan lejos de reprobar la conducta que observó esta mañana vuestro sobrino, que le ha escogido para desempeñar esta tarde una comisión.

—¡Le ha escogido!....—exclamó Lesly con tono de la mayor sorpresa. — Que me ha escogido á mi, supongo querréis decir.

— No; quiero decir precisamente lo que digo — respondió el barbero con mucha dulzura, pero con tono decidido. — El rey tiene órdenes que dar á vuestro sobrino. -¡Cómo! -continuó el Acuchillado. - Por qué, y qué razón, hay, ó cómo es posible que Su Majestad prefiera los servicios de un muñeco á los míos?

— No os puedo dar mejor razón, señor Lesly — respondió Oliverio — de la que vos mismo me dabais pocos momentos hace. Tal es la orden de Su Majestad. Pero si puedo tomarme la libertad de hacer una conjetura, me aventuraré á decir que acaso Su Majestad tiene que dar una comisión más propia de un joven como vuestro sobrino, que de un guerrero experimentado como sois vos. — Por consiguiente, joven, preparad vuestras armas y seguidme. Tomad un arcabuz, pues váis á desempeñar las funciones de centinela.

— ¡ De centinela! — repitió su tío. — ¿ Estáis bien seguro de no equivocaros, maese Oliverio ? Nunca se ha confiado la guardia interior del Castillo sino á los que, como yo, cuentan doce años de servicio en nuestro distinguido cuerpo.

— Conozco á fondo las intenciones de Su Majestad — respondió Oliverio—y no puedo tardar más tiempo en realizarlas.

- Pero - dijo el Acuchillado - si mi sobrino no es todavía arquero libre; no es más que escudero, que sirve bajo mis órdenes.

— Dispensad—contestó Oliverio:—apenas hace media hora que el rey envió á buscar el registro y le inscribió entre los individuos de la Guardia. Tened la bondad de ayudar á vuestro sobrino á prepararse para el servicio.

Lesly, en quien no cupieran por esto envidia ni celos, apresuróse á ayudar á Quintín á equiparse y armarse, dándole al mismo tiempo instrucciones de cómo debería conducirse cuando estuviese sobre las armas; pero no pudo contenerse de entremezclar de cuando en cuando en sus lecciones alguna interjección de sorpresa, relativa á la buena fortuna que tan prematuramente se entraba por la casa del joven militar.

—Jamás se había dado, ni aun en mi favor, un ejemplo como éste en la Guardia escocesa — dijo — pero sin duda va á confiársele la custodia de los pavos reales y papagayos de las Indias, que el embajador de Venecia regaló últimamente á Su Majestad. No puede ser otra cosa; y como este servicio es propio de un joven imberbe — continuó retorciéndose los bigotes — celebro infinito que la elección de Su Majestad haya recaído en mi sobrino.

Dotado de travieso y perspicaz ingenio y de imaginación ardiente, dió Quintín mucha mayor importancia á la comisión que acababa de recibir, y latía su corazón, de alegría á la idea de una distinción que le prometía rápidos ascensos. Resolvió espiar con mucho cuidado los razonamientos y aun los gestos de su guía, pues sospechaba que en ciertos casos, por lo menos, era preciso interpretarlos en un sentido contrario, como se dicen que explican los sueños los adivinos. No podía menos de felicitarse por haber guardado el más profundo secreto sobre las ocurrencias de la caza; y tomó una resolución que, atendida su edad, daba muestras de suma prudencia, que era encadenar sus pensamientos en su corazón y tener su lengua en sujeción completa mientras respiraría el aire de aquella solitaria y misteriosa corte.

Pronto se hubo terminado su equipo, y siguiendo á maese Oliverio, salió del cuartel con el arcabuz al hombro; pues aunque la Guardia escocesa conservaba el título de arqueros de la Guardia, apresurárase con todo á sustituir las armas de fuego al arco, que nunca fuera el arma favorita de aquella nación.

Su tío le fué siguiendo mucho rato con la vista, en ademán que indicaba una mezcla de admiración y curiosidad; y por mas que ni la envidia ni los bajos sentimientos que ella produce tomasen parte en sus honradas meditaciones, parecíale que el favor otorgado á su sobrino desde el primer día de su servicio, ofendía un poco su propia importancia, no dejando de rebajar esta idea la satisfacción que por otra parte le causaba.

Meneó gravemente la cabeza, abrió un armario, sacó un gran botillo de vino añejo, sacudióle para asegurarse de si menguaba mucho el contenido, llenó un vaso del licor precioso, le apuró de un trago y repantigóse en un gran sillón de roble. Cabeceando entonces nuevamente, dió muestras de hallar tanto alivio en este movimiento de oscilación, semejante al de aquellas figuritas de resorte que sirven de juguete á los niños, que le fué continuando hasta que cayó en un sopor, de que sólo pudo arrancarle la señal acostumbrada para acudir á la mesa.

Habi ndo dejado á su tío en entera libertad de entregarse á sus sublimes reflexiones, Quintín Durward siguió á su guía Oliverio, que sin atravesar ningún patio, condújole por pasajes, ya abiertos bajo bóvedas, ya expuestos al aire libre, por escaleras, galerías y corredores que comunicaban unos con otros por medio de puertas secretas colocadas donde menos pudiera esperarse, é hízole entrar en una ancha y espaciosa galería, adornada por más antigua que primorosa tapicería y por algunos cuadros de la áspera y fría escuela de la época anterior á aquella en que el esplendor de las artes llegó repentina-



mente á tan alto grado. Representaban los cuadros, á lo que se creía, los paladines de Carlo Magno, que tan admirables páginas ocupan en la historia novelesca de Francia; y como el célebre Rolando de agigantada estatura, era el personaje que entre ellos sobresalía, llamaron á aquel aposento la galeria de Rolando.

-Váis á quedaros aquí de centinela — dijo Oliverio callandito, como si creyera que las adustas facciones de los monarcas y guerreros que le rodeaban pudieran armarse de furor si se atrevía á leyantar la voz, ó temiese tal vez dispertar los ecos que dormitaban bajo las esculpidas bóvedas y entre los góticos adornos de este vasto y sombrío aposento.

- ¿ Cuál es el santo y seña? - preguntó Quintín sin levantar más la voz de lo que hiciera Oliverio.

 $-\xi$ Tenéis cargado el arcabuz ? — le dijo el barbero sin contestar á su pregunta.

- Pronto lo estará - respondió Quintín.

Y habiendo cargado el arma, encendió la mecha en un fuego casi apagado que había en una inmensa chimenea, de tal dimensión, que pudiera fácilmente tomarse por un gabinete ó una capilla de estilo gótico dependiente de la galería.

Oliverio aprovechó este intervalo para decirle que aún ignoraba uno de los insignes privilegios del cuerpo en que servía, que era recibir órdenes directas del rey ó del gran condestable, sin que fuesen trasmitidas por la voz de los oficiales.

—Joven—añadió—vos estáis colocado aquí por orden de Su Majestad, y no tardaréis mucho en saber el motivo. Entre tanto os quedaréis en esta galería. Podéis pasearos ó estar parado, como bien os parezca, pero no debéis sentaros ni dejar un solo instante el arma. Se os prohibe silbar y cantar en alta voz; pero tenéis libertad, si así gustáis, de murmurar algunas oraciones y aun de entonar algunas coplas decentes, como sea á media voz. Adios, y procurad vigilarlo todo.

—¡Vigilarlo todo! — pensó el joven militar mientras que su conductor se alejaba sin ruido, con aquel paso furtivo que le era habitual y salía por una de las puertas laterales oculta entre los tapices. —¡Vigilarlo todo! ¿Y sobre quién ó contra quién debo yo ejercer mi vigilancia? No hay aquí apariencia de hallar más enemigos que algún ratón ó murciélago, á menos que se animen esos antiguos y feos guerreros para perturbar el sosiego de mi servicio. Pero no importa; esta es mi obligación, á lo que parece, y es preciso desempeñarla.

Habiendo formado así la enérgica resolución de cumplir exactamente con su deber, procuró abreviar el tiempo cantando á media voz algunos piadosos himnos que aprendió en el convento donde hallara asilo después de la muerte de su padre, y no pudo menos de pensar que, exceptuando la variación del hábito de servicio en un elegante uniforme militar como el que llevaba ahora, parecíase mucho su paseo por la

galería de un castillo real de Francia, á los que tan repetidas veces diera por el claustro de Aberbrothick.

Poco después, como para persuadirse de que no era habitante de una celda, sino ciudadano del mundo, púsose á cantar con voz que no excediese del permiso que se le había dado, alguna de las rudas y antiguas coplas que le enseñó el viejo arpista de su familia, como la derrota de los daneses en Aberlemno y en Forres, el asesinato del rey Duffus en Forfar y otras endechas relativas á la historia de su país, y particularmente á la del distrito donde vió la primera luz. Consumió en esto bastante tiempo; y eran más de las dos de la tarde cuando el hambre que le acosaba le trajo á la memoria que si los buenos padres de Aberbrothick eran rígidos en exigir su asistencia al templo en las horas de los oficios divinos, no eran menos puntuales en avisarle para acudir al refectorio; cuando en el interior de un castillo real, después de haber pasado la mañana cazando y estado tres ó cuatro horas haciendo centinela, nadie se tomaba el trabajo de considerar que una extremada impaciencia para llenar el buche debía ser la natural consecuencia de tales argumentos.

Existe, sin embargo, en los gratos acentos de la armonía un hechizo capaz de adormecer el sentimiento de natural incomodidad que experimentaba Quintín en esta ocasión. A los dos extremos opuestos de aquella larga sala ó galería veíanse dos grandes puertas adornadas con pesados arquitrabes, que conducían probablemente á una larga fila de aposentos, á los cuales sirviera de comunicación la galería. En tanto que nuestro héroe se paseaba solitariamente de una á otra de las dos puertas, puntos que formaban los límites del servicio que estaba desempeñando, sorprendióle el armonioso concierto de música divina que resonó repentinamente junto á una de las puertas, y que á él por lo menos le pareció producido por el mismo laúd y voz que le encantaron el día precedente. Todas sus ilusiones de la mañana del día anterior, cuyo recuerdo se debilitara á causa de los importantes acontecimientos que ocurrieran después, volvieron à despertarse en su imaginación con más viveza que nunca; y echando raices, por decirlo así, en el lugar donde sus oídos podían más fácilmente embriagarse de aquellos melodiosos acentos, con el arcabuz al hombro, entreabierta la boca, la vista, el oido y toda

su alma dirigidos hacia aquel foco de atracción, parecía más bien la estatua de un centinela que sér animado, y no tenía otra idea que saborearse en cada nota que pasaba escapándose del centro de la armonía. Aquellos deliciosos sonidos no eran continuos. Amortiguábanse, disminuían, cesaban enteramente y empezaban de nuevo después de un silencio de duración incierta. Pero como la música, lo propio que la hermosura, suele ser mucho más atractiva, ó á lo menos más interesante á la imaginación cuando sólo desarrolla sus preciosidades por intervalos, y deja al pensamiento el cuidado de llenar el vacío ocasionado por la distancia, tenía tiempo Quintín, durante los claros del hechizo que le fascinaba, para entregarse á deleitoso desvarío. Atendidas las noticias de los camaradas de su tío y la escena que pasara en la sala de audiencia aquella misma mañana, no podía ya dudar que la sirena que había lisonjeado sus oídos era, no la hija ó parienta de un miserable posadero, como profanamente supusiera, sino la infeliz condesa disfrazada, por cuya causa los reyes y príncipes estaban á pique de sacar las espadas y enristrar las lanzas. Mil extravagantes ideas que en aquel siglo novelesco y emprendedor introducíanse fácilmente en la cabeza de un joven de carácter romántico y dado á aventuras, arrojaron de sus pensamientos la escena de su acción verdadera, sustituvendo un campo de ilusiones en que se perdía. Pero sacóle repentinamente de este estado una mano que al improviso se apoderó de su arma, al tiempo que una voz áspera le gritaba

-¡Fuego de Dios, señor escudero! Parece que montáis vuestra guardia durmiendo.

Esta era la voz monótona, pero imponente é irónica de maese Pedro. Vuelto en sí Quintín, llenóse de vergüenza y de temor viendo cuál había quedado tan absorto en sus meditaciones, que no advirtió que el rey, entrando probablemente muy quedito por alguna puerta secreta y oculta entre los tapices, se le acercara lo suficiente para poder desarmarle.

En medio de su sorpresa, su primer movimiento fué recobrar su arcabuz por medio de una sacudida tan violenta que hizo retroceder al rey tambaleándose algunos pasos; pero temió después que, cediendo á este natural instinto, como puede llamarse, que induce á un valiente á resistir á la tentativa que se hace para desarmarle, no hubiese agravado con este acto el descontento que debió sentir Luís viendo el descuido con que montaba su guardia. Ocupado con está idea, púsose el arma en el hombro, casi sin saber lo que hacia; y permaneció inmóvil delante el monarca á quien tenía motivo para creer mortalmente ofendido.

Luís, cuyas tiránicas disposiciones dimanaban menos de una ferocidad natural y de carácter cruel que de una política envidiosa y suspicaz, tenía sin embargo una buena dosis de aquella severidad mordaz que le hubiera convertido en un déspota en la conversación á no haber sido mas que un particular, y deleitábase siempre en las inquietudes que causaba en semejantes casos. Pero no llevó muy lejos su victoria, pues se contentó con decirle:

—El servicio que me has prestado esta mañana es más que suficiente para disimular un descuido en tan novel militar.... ¡Has comido?

Quintín, que mas bien esperaba ser enviado al gran Preboste que recibir semejante cumplimiento, contestó negativamente con humildad.

—¡Pobre muchacho!—dijo Luís con tono más dulce de lo que acostumbraba—he aquí lo que le tenía amodorrado, el hambre. Me consta que tu apetito es un lobo continuo; yo te libraré de un animal feroz como tú me has librado de otro. Procediste con mucha discreción en este punto, y estoy satisfecho de ti. ¿Puedes pasar todavía una hora sin comer?

—Veinticuatro señor—respondió Quintín—ó dejaría de ser un verdadero escocés.

—Por otro reino—replicó Luís—no quisiera ser la infeliz empanada que pillases después de tal abstinencia. Pero se trata en esta ocasión, no de tu comida sino de la mía. Sentaránse hoy á mi mesa y enteramente á solas el cardenal de La Balue y ese embajador borgoñón, ese conde de Crève-Cœur y.... Puede suceder.... el diablo trabaja mucho cuando los enemigos se reunen bajo los auspicios de la amistad.

Cortó la conversación, guardó silencio, y tomó un aspecto sombrío y pensativo. Como el rey no parecía dispuesto á continuar, Quintín se atrevió por fin á preguntarle cuál sería su deber en esta circunstancia.

-Estar de centinela detrás del armario con el arcabuz

-Mi cuñado Jaime de Escocia... vuestro rev Jaime quiero

cargado-respondió el rey-y si hay traición, disparar contra el traidor.

-: Traición, señor!-exclamó Durward.-; En un castillo tan bien custodiado!

-A ti te parece imposible-dijo el rev sin darse por agraviado al parecer de su franqueza-pero nuestra historia nos prueba que puede introducirse la traición por el agujero abierto por una barrena. ¡Traición con tanta guardia! Joven insensatol ¿ auis custodiat ipsos custodes? ¿ Quién me saldrá garante de la fidelidad de esa misma guardia?

-El honor escocés, señor-respondió Quintín con osadía. -Tienes razón; tu respuesta me gusta. Es verdad-dijo Luís con cierta iovialidad-el honor escocés no se ha desmentido nunca, y esta es la razón porque deposito en él toda mi confianza. Pero la traición....

Y recobrando su aire sombrio dió algunos pasos desiguales por el aposento y añadió:

-Sí, la traición se sienta en nuestros banquetes, fermenta en nuestras copas, toma el traje de nuestros consejeros, ofrece la sonrisa de nuestros cortesanos y la maligna humorada de nuestros bufones, y, sobre todo, se esconde bajo la amistosa franqueza de un enemigo reconciliado. Fióse Luís de Orleans de Juan de Borgoña, y fué asesinado en la calle de Barbette; Juan de Borgoña se entregó con confianza al partido de Orleans, y también fué asesinado en el puente de Montereau. Por esto no quiero fiarme de nadie, de nadie absolutamente. Ove...Yo no apartaré los ojos de ese insolente conde ni del cardenal, sobre cuya lealtad tengo mis sospechas. Si digo Écosse en avant, (1) dispara contra Crève-Cœur y déjale en el mismo sitio.

-Tal es mi deber-dijo Quintín-siempre que vea peligrar la vida de Vuestra Majestad.

-Ciertamente; ni quiero vo decir otra cosa. ¿Qué bien me resultaria de la muerte de un soldado insolente? Si fuese el condestable de San Pablo...

Hizo aquí una nueva pausa como si creyese haberse excedido, y continuó sonriendo:

aquella acción fué tan atroz como desventajosa en sus resultados.

- Stirling llamáis á ese sitio? - dijo el rev sin querer dar à entender que hubiese advertido lo que anadió Ouintín. -Enhorabuena; poco importa el nombre. Además: vo no quiero el menor mal à esa gente, ni tampoco me traería gran cuenta: pero ellos pueden haber concebido proyectos menos inocentes contra mí, y en tal caso cuento con tu arcabuz.

- Seré puntual à la seña, señor; sin embargo...

- ¿ Vacilas ? Habla, te lo permito... Hombres como tú son capaces de dar un buen consejo.

- Solamente quisiera aventurarme á decir que si Vuestra Maiestad tiene motivos para desconfiar de ese borgonón, me sorprende que le admita á solas tan cerca de Su Real Persona.

-Sosegaos, señor escudero; hay ciertos peligros que se desvanecen apenas se arrostran, y que se hacen inevitables cuando damos á entender que nos asustan. Diez contra uno se puede apostar á que si me adelanto determinadamente á un perro que me gruñe y le acaricio, recobrará su buen humor; pero si doy muestras de temerle, echaráseme encima v me despedazará. Quiero ser franco contigo, Quintín; es conveniente que ese hombre no vuelva á su irascible amo con el resentimiento en el corazón, y me avengo en correr algún riesgo, porque jamás temí exponer mi vida por el bien de la Francia. Sígueme.

Hizo Luís pasar al joven escudero, hacia quien manifestó haber cobrado muy particular afecto, por la misma puerta lateral que le franqueara el paso, y díjole enseñándosela:

-Quien quiera prosperar en la corte, debe conocer las escaleras excusadas, las puertas secretas, los pequeños corredores y aun las trampas y lazos de los palacios de los reyes, lo propio que las grandes salas y puertas principales.

Después de haber atravesado un intrincado laberinto de pasillos y corredores, entró el rey en una salita abovedada, donde había puesta una mesa con tres cubiertos. Los muebles eran tan sencillos que rayaban en mezquindad. Sólo un arma-

decir, mató á puñaladas á Douglas mientras le estaba dando. hospitalidad en su real sitio de Skirling. - De Stirling, señor - respondió Quintín-y por cierto que

⁽x) (Escocia, á ellos)

rio muy grande, aunque ligero y con ruedas, donde había colocadas algunas piezas de vajilla de oro y plata, anunciaba en algún modo la morada de un rey. Este señaló á Durward por sitio donde debía situarse el espacio que había detrás del armario, donde quedaba bien guarecido y en disposición de verlo todo sin ser visto; y después de haberse asegurado colocándose en varios puntos de la sala, de que nadie podía descubrirle, dióle sus últimas instrucciones.

—Acuérdate de las palabras: ¡Escocia, á ellos ! En el momento que las oigas derriba el armario, sin dársete cuidado de las copas ni de los vasos, y fuego contra Crève-Cœur con mano firme y segura: si errares el golpe, embístele espada en mano. Oliverio y yo nos las entenderemos con el cardenal.

Al decir esto, dió un silbido, á cuya señal se presentó Oliverio, que era su primer ayuda de cámara y barbero, quien en realidad dese npeñaba con aquel príncipe todas las funciones que exigían próxima inmediación á su persona. Llegó seguido de dos ancianos, únicos criados que sirvieron á la mesa. Luégo que estuvo sentado el rey, entraron los dos convidados; y Quintín, invisible para ellos, estaba colocado de modo que no perdió la menor circunstancia de esta entrevista.

Recibióles Luís con tal cordialidad y agasajo, que no supo Quintín cómo conciliarlo con las órdenes que recibiera y el objeto que le tenía en emboscada con una boca de fuego pronta á despedir la muerte. No tan sólo parecía Luís hallarse muy distante de abrigar el menor asomo de temor, sino que cualquiera hubiera creído que los dos individuos á quienes honraba con admitirles en su mesa, eran los más dignos de una confianza sin límites, y á quienes quería dar pruebas nada equivocas de su benevolencia y aprecio. No podía su conducta presentarse más afable ni más llena de dignidad. Cuando todo lo que le rodeaba, y hasta sus mismos vestidos, no presentaban tanto lujo co.no el que ostentaban en las solemnidades los principes menos poderosos del reino, todos sus gestos y palabras daban á conocer un gran monarca en un momento de familiaridad. Quintín se sintió tentado á suponer ó que la conversación que poco antes tuviera con Luís tenía visos de sueño, ó que el respeto y sumisión del cardenal y el modo franco, abierto y honrado del noble borgonón, disiparan completamente las sospechas del rey.

Mas en tanto que los convidados, obedeciendo las órdenes de Su Majestad, iban á ocupar los asientos que tenían preparados en la mesa, dirigióles el rey una mirada rápida como el relámpago, fijando en seguida otra en el armario en que quedaba oculto Quintín. Esta fué obra de un instante; pero las miradas del soberano estaban animadas de tal expresión de odio y desconfianza respecto á sus convidados, y parecían repetir á Durward una orden tan precisa de estar alerta y ejecutar con prontitud lo convenido, que no puso la menor duda en que la voluntad de Luís, sus temores y disposiciones no habían cambiado. Quedó, pues, sorprendido más que nunca de la facilidad con que el monarca sabía cubrir con espeso velo los movimientos de sus desconfianzas.

Dando muestras de haber enteramente olvidado la altanería con que le habló Crève-Cœur en presencia de toda la corte, el rey platicó con él sobre los tiempos antiguos y acontecimientos ocurridos durante su destierro en Borgoña, haciéndole preguntas relativas á todos los nobles que conoció entonces, como si aquella época hubiese sido la más feliz de su vida, y como si conservara todavía por todos los que contribuyeron á endulzar el tiempo de su destierro los más tiernos sentimientos de amistad y gratitud.

— Si se hubiese tratado de un embajador de otra nación — le dijo — hubiera desplegado más pompa y aparato en recibirle; pero á un antiguo amigo, que repetidas veces ha comido á mi mesa en el castillo de Génappes, he querido manifestarme tal como me gusta ser, el viejo Luís de Valois, sencillo y franco como el mayor patán de sus dominios. Sin embargo, mandé que nos sirviesen más regalada comida que de ordinario, señor conde, porque no ignoro vuestro proverbio borgo-nón: Mieux vaut bon repas que bel habit; (1) y por este motivo dispuse que cuidaran algo de nuestra mesa. En cuanto al vino, ya sabéis que es el objeto de una antigua emulación entre la Francia y la Borgoña; pero lo arreglaremos de modo que queden contentos los dos países: brindaré á vuestra salud con

^{(1) «} Más vale buena comida que buen vestido. » Durante su residencia en Borgoña, en vida de su padre, Génappes fué la residencia habitual de Luís. En esta novela se alude con frecuencia á la época de aquel destierro.

vino de Borgoña, y vos me corresponderéis con el Champaña.

—Olivier, dame un vaso de vino de Auxerre.

Y entonó alegremente una canción entonces muy conocida, que empezaba:

Auxerre est la boisson des rois (1).

—Señor conde—continuó—brindo á la salud de nuestro buen primo el noble duque de Borgoña. —Olivier, llena una copa de oro de vino de Reims, y preséntala al conde de rodillas, pues representa aquí á nuestro querido hermano. — Señor cardenal, yo mismo llenaré vuestro vaso.

- Ya está lleno, señor, hasta derramarse - dijo el cardenal con el tono grosero de un favorito que habla con un amo indulgente.

-¡Oh! me consta que Vuestra Eminencia tiene firmeza en la mano; pero ¿por quién os declaráis en nuestra gran contienda?¿Por Sillery ó por Auxerre?¿Por Francia ó por Borgoña?

— Guardaré la neutralidad, señor — respondió el cardenal — y llenaré mi vaso de vino de Auvernia.

— La neutralidad es sumamente peligrosa — replicó el rey. Viendo empero al cardenal algo colorado, dió otro giro á la conversación y añadió:

—Pero vos preferís el vino de Auvernia, porque es tan generoso que no tolera el agua. Y bien, señor conde, ¿ vaciláis en apurar la copa? Espero que no hallaréis en ella ningún amargor nacional.

—Yo quisiera, señor — respondió el conde de Crève-Cœur, que todas las contiendas nacionales se pudiesen terminar tan agradablemente como la rivalidad de nuestras viñas.

—Y con el tiempo, señor conde, que necesitáis para beberos esa copa de Champaña—añadió el rey. Ahora que le bebisteis tened la bondad de guardar esa copa, como un testimonio de mi aprecio. Es un regalo que no haría á todos: esa prenda perteneció á aquel rey que fué el terror de la Francia, á Enrique V de Inglaterra. Fué tomada en la rendición de

Ruán cuando las armas reunidas de Borgoña y de Francia arrojaron á aquellos isleños de Normandía. No puedo ponerla en más dignas manos que las de un noble y valiente borgoñón que sabe que sólo de la amistad recíproca de estas dos naciones depende que el continente continúe libre del yugo de los ingleses.

El conde dió la respuesta que exigían las circunstancias, y Luís se entregó abiertamente á la jovialidad satírica, que hacía brillar alguna vez como un relámpago su carácter naturalmente receloso. Dando alma y giro á la conversación como era natural, hacía observaciones siempre finas y picantes, algunas veces ingeniosas, pero que no daban muestras de salir de un buen corazón: las anécdotas con que la intermediaba resaltaban más por jocosas que por delicadas; pues ni una palabra, ni una sílaba, ni una letra fuera del propósito anunciaban la situación de un hombre que temiendo ser asesinado, tenía en su aposento un militar armado con un arcabuz para precaver ó anticiparse al delito.

El conde de Crève-Cœur siguió con franqueza la broma y jovialidad del rey, mientras que el prelado, de humor más flexible, soltaba la carcajada á cada chiste y aplaudía las pullas del rey, sin causarle el menor escrúpulo ciertas expresiones que llenaban de rubor al joven escocés en su mismo escondrijo (1). Al cabo de hora y media levantáronse de la mesa y el rey despidiéndose de sus huéspedes con urbanidad, les dió á entender que deseaba quedar solo.

Luégo que hubieron partido y retirádose hasta el mismo Olivier, llamó el rey a Quintín diciéndole que ya podía salir, pero con voz tan débil, que apenas pudo creer el joven ser la misma que acababa de animar el festín con lo chusco de las palabras que vertiera. Al acercársele notó que la fisonomía del monarca había sufrido igual metamórfosis; extinguióse en sus ojos el fuego de una vivacidad forzada, abandonó la sonrisa sus labios, todas sus facciones indicaban la misma fatiga

que experimenta un actor célebre cuando acaba de agotar

⁽¹⁾ Auxerre es la bebida de los reyes.

⁽r) Podrán formarse idea de la indole grosera de los sentimientos de Luís XI aquellos que lean las «Cent Nouvelles nouvelles» (Cien cuentos nuevos) que son más indecoosos que la mayor parte de las colecciones del mismo género de aquella época.

sus fuerzas para representar un papel que le traiga generales aplausos.

—No quedas aún relevado de la guardia—dijo Luís à Durward—pero toma algún alimento; esta mesa te proporciona los medios. Luégo después te instruiré de lo que te resta que hacer, pues no ignoro que el hambriento no tiene oídos.

Sentóse de nuevo en su sillón, apoyó la frente en su mano y guardó silencio.





CAPÍTULO XI.

La galería de Rolando.

Los artistas nos representan ciego á Cupido.— ¿Tiene ojos el himeneo? ¿Ó bien pervierten su órgano visual aquellos lentes que le prestan los padres, tutores ó consejeros para que mire tierras, posesiones, joyas y toda clase de bienes y riquezas y vea gracias á ellas su valor diez veces multiplicado?—Á mi parecer cuestión es esta digna de meditarse.

Desdichas de un casamiento.

Por más que Luís XI, rey de Francia, fuese el soberano de Europa más apasionadamente celoso de su poder, sabía sin embargo contentarse con la sustancia, y sin dejar de conocer y exigir algunas veces con escrupulosidad lo que era debido á su elevada clase, solía en general desatender lo que sólo tenía relación con el mero ceremonial exterior.

En un príncipe de mejores prendas, la familiaridad con que admitía á su mesa á varios de sus vasallos y sentábase aun algunas veces á la suya, hubiérale acarreado extremada popularidad exterior. Aun á pesar de su bien conocido carácter, la sencillez de sus costumbres hacía que disimulasen una buena parte de sus vicios aquella clase de sus súbditos que no se veía expuesta por ningún estilo á ser víctima de sus maquinaciones. El estado llano, que bajo el reinado de este príncipe sagaz, elevárase á un grado de opulencia é importancia no conocida hasta entonces, respetaba su persona aunque sin amarle, y á su poderoso apoyo debió el poder sostenerse contra el encono de los nobles, que acusaban al-rey de degra-